LITERATURA — CIENCIAS — ARTES

AÑO I | Barcelona 13 Julio de 1890 | NÚM. 5

UNA TOCCATA (POR LA SEÑORITA C. PHILLOTT.)

Biblioteca Nacional de España

NUESTROS GRABADOS

Una toccata.

La primera lámina del presente número es una viva representación de la afición musical. ¡Qué expresión la de esa cara lánguida, melancólica, cuidando atentamente de no equivocarse en la digitación precisa al pulsar el dulce y tierno laúd! La artista que ha delineado tan interesante figura, ha querido darnos un acabado modelo de triste expresión y de elevado sentimiento, á la par que de una gran fuerza de voluntad en el constante estudio preciso para la dominación de tan ingrato instrumento.

(Zaragoza). Iglesia de San Pablo.

El estilo arquitectónico de este grandioso templo, es barroco-churrigueresco, siendo verdaderamente admirables la gran solidez de su construcción, así como la acertadísima distribución de la misma, tanto interior como exteriormente.

El grabado que lo representa, es obra del buril de don Eugenio Alós.

Manchester.

Esa ciudad, como es sabido, es uno de los puertos más importantes de Inglaterra. Así como Marsella puede decirse que es el puerto único de Francia, Mánchester con mayor motivo lo es de la Gran Bretaña. Su importancia fabril é industrial es grandísima; conocidísimas sus fundiciones que sólo pueden encontrar competencia en los Estados Unidos de América. Manifestación grandiosa de la actividad humana, sus inmensos talleres, son verdaderos templos del trabajo.

En dicha ciudad industrial por excelencia y activa por naturaleza, murió nuestra compatricia, la renombrada diva y trágica al mismo tiempo, María Felicidad García, más universalmente conocida por *la Malibrán*, á la temprana edad de 27 años.

Yendo á felicitar á mamá.

Una preciosa niña de ojos azules, de cabellos de oro, risueña, juguetona, respirando toda su breve figura tierno candor y la satisfacción de quien va á cumplir una misión importante; como si fuera una mariposa del cielo descendida á la tierra, se encamina de mañanita á la artesonada estancia donde descansa todavía su amada mamaíta para despertarla con un dulce beso, y recitarle la felicitación que en dorado y perfumado papel oculta dentro del ramo de fragantes rosas.

¡Los días de mamá!.... ¡ah!.... la importancia de semejante acontecimiento ha desvelado á la niña. Tiene que presentar su tierna ofrenda filial y decir á mamá además que la quiere mucho; tanto, tanto..... que no sabe con qué cantidad de magnitud compararlo..... y..... ¡otras muchas cosas! Va á ejecutarlo, y la amante ofrenda ¡cuán agradablemente despertará á la mamá, con qué placer oirá recitar aquella encantadora felicitación y cómo inundará de alegría á su alma y cómo en arrebatado transporte cubrirá de besos aquella rosada fisonomía del ángel del hogar, de la hija de su amor!

Gravier ha comprendido toda la importancia del acto, y al dibujar magistralmente á tan bella niña, ha puesto un idilio en acción.

El nuevo favorito.

¡Nada tan encantador como la infancia! Garland describe en su bien dispuesto grupo, un capricho de la niñez, una predilección momentánea por un perrillo que parece dar gran importancia al favoritismo, mirando con ademán imponente las manifestaciones celosas de sus congéneres que querrían disfrutar sin duda de las mismas preeminencias. Por fortuna, los niños varían pronto de aficiones y gustos; y mañana los de abajo se verán en posesión del regazo que envidian, y el altivo señor, favorito de un día, tendrá que sufrir otra mirada igual á la que propina iracundo hoy á los desdeñados.

Siguiendo la pista.

La lámina que hoy ofrecemos á nuestros suscritores ejecutada con el esmero que podrán apreciar, representa á una jauría lanzada por el cazador en persecución de una pieza y olfateando afanosa el rastro dejado, para conseguir darle alcance, una vez obtenida la seguridad de la pista.

C.

REVISTA GENERAL

El acontecimiento de la semana en Madrid ha sido la llegada del ilustre marino-inventor D. Isaac Peral. Los habitantes de la villa y corte, noticiosos de la llegada del inventor del sub-marino, acudieron presurosos á la estación, ofreciendo un espectáculo grandioso las inmediaciones de la misma y el andén, donde se aglomeraba la gente (sin distinción de clases), de tal modo, que el paso se hacía imposible; acudieron también á ella varias comisiones de los gremios y de todas las sociedades con estandartes y banderas. El entusiasmo era indescriptible, y el tránsito por las calles dificultosísimo, pues estaban cuajadas literalmente de gente (así como los balcones y ventanas) desde la estación, hasta el Hotel de Embajadores, en cuyo entresuelo se ha hospedado el renombrado inventor. Su aparición en el andén, en compañía del oficial del submarino Sr. Mercader, levantó una salva de aplausos y dejóse oir un viva formidable pronunciado á la vez por millones de labios, uno de esos vivas entusiastas y expontáneos como no recuerda Madrid haber oido otro igual jamás. El Sr. Peral, en extremo conmovido, emocionadísimo, saludaba sombrero en mano y balbuceaba á España, á España, á la marina. Fué dificilísima la salida del andén. El Sr. Ducazcal ofreció su coche, y seguido de una apiñada muchedumbre y de más de seiscientos carruajes particulares se dirigió á dicho hotel siendo objeto durante la carrera de una ovación monstruosa; hombres, mujeres, niños, aristocracia y pueblo, capitalistas y obreros confundían en unánimes vítores la explosion de su ardiente entusiasmo y se agitaban pañuelos y sombreros á la vez y sin interrupción como movidos por miles de brazos salidos de un solo cuerpo. Ya en el Hotel, subieron á felicitarle muchas comisiones y ante los repetidos vivas y aclamaciones del pueblo que apiñado en la calle deseaba saludar una vez más al célebre proyectista, tuvo éste que asomarse al balcon, sucediendo á los atronadores vivas un silencio profundo así que manifestó iba á hablar; de modo que se oyó clara y distintamente decir al Sr. Peral: «agradezco la manifestación de simpatía que el pueblo de Madrid me tributa hoy y la acepto, no porque la merezca mi invento, sino porque veo en ella el espíritu patrio, el entusiasmo por la prosperidad de la Nación; la acepto, pues, para España!» Apenas terminadas estas sentidas frases, se repitieron las aclamaciones y aplausos, si cabe más atronadores que antes; rayando el entusiasmo en delirio, varios hombres treparon por la fachada y llenaron los balcones de banderas y coronas, las casas circunvecinas principiaron á colgar y engalanar los suyos y el pueblo que no se cansa ni rinde jamás cuando le excita una noble causa, continuó victoreando á Peral y felicitando á las comisiones, á medida que iban saliendo del Hotel.

Si como se asegura, el Sr. Peral presenta sus proyectos al ministro de Marina, sería de desear que éste aceptara y el gabinete aprobara dichos proyectos á los que las futuras cortes de fijo que no se opondrán, y los cuales consisten en la construcción de quince sub-marinos de ciento cincuenta á doscientas toneladas de porte (el de prueba actual sólo tiene ochenta y siete), que reunirían todas las condiciones apetecidas para la defensa de las costas, estableciéndose en las del Ferrol, Cartagena, Cádiz, Algeciras, Ceuta y Mahón respectivamente, y cuyo presupuesto según cálculo aproximado no excedería mucho de dos millones, cantidad insignificante si se tiene en cuenta el coste que ocasiona actualmente el propio ó parecido servicio tanto más deficiente cuanto que no guarda relación ni comparacion con las inmensas ventajas de los sub-marinos.

Las corporaciones oficiales en unión de la Prensa, de los Círculos Mercantil, Fomento de las Artes, Industrial y otros, preparan un gran banquete que será seguido por una manifestación en forma, de todas las sociedades y gremios, en obsequio del ilustre inventor.

Nosotros, que al tratarse de un hecho patrio y de un español, sentimos como el que más latir nuestro corazón á impulsos del mismo entusiasmo que anima en estos momentos la Capital de España, unimos nuestro aplauso á su aplauso, nuestros vítores á sus vítores, y nos asociamos á las espontáneas y calurosas manifestaciones que tributa al señor Peral, la prensa unánime de la Nación.

CONSTANCIO

LA JORNADA DE OCHO HORAS

IV

Para la emancipación, digámoslo así, de la clase obrera, no importa principalmente la cuestión de las horas de trabajo, como no se llegue á un extremo insufrible para el operario ó intolerable para el capitalista. Importa y significa mucho más el fomento de la agricultura en armonía con el desarrollo del trabajo fabril é industrial.

La creación de bancos agrícolas que faciliten las pequeñas cantidades que el labrador necesita en las épocas de siembra ó antes de la recolección; los canales, pantanos y depósitos de agua que permitan el riego de vastas comarcas que hoy son estériles eriales; el replanteo de bosques y selvas que aumenten las temporadas lluviosas y retengan las aguas caídas del cielo dos y tres veces más que ahora; las comunicaciones poco importantes que pongan en contacto los caseríos y las aldeas y éstas y aquellos con las vías de primer orden, con los ferrocarriles y los puertos de mar; el estudio constante y desarrollado en grande escala de las ciencias y de las prácticas agrícolas que arranquen de cuajo la ruinosa rutina y enseñen á la perfección el laboreo de los campos y el desenvolvimiento de la ganadería: he ahí algunos de los poderosos medios para levantar de su postración al proletariado; como quiera que éste se engrandece tanto más cuanto más independiente vive y cuanto más libre es de trabajar las horas que le convengan, para sostenerse en un estado de relativas comodidades.

Sabemos que no hemos dicho nada nuevo con lo que acabamos de exponer, y aun tememos que alguno nos acusará de andarnos con vulgaridades que ya todo el mundo está cansado de repetir: eso del fomento de la agricultura para el mejoramiento de las clases productoras se proclama en todos los sitios y en todos los tonos, no cabe duda; pero no porque se repita lo mismo hasta la saciedad, debe desecharse por malo ó por inútil: lo que convendría sería llevarlo á la práctica en la medida y proporción que se pudiera y en vista de concienzudo examen así de hombres inteligentes como de hombres prácticos, y nunca de comisiones meramente políticas ó administrativas, porque tales comisiones suelen agitarse siempre en el vacío y no obtener otro resultado que la esterilidad.

Mas lo que no se ha dicho con tanta frecuencia, á pesar de que debiera repetirse á cada paso é inculcarlo en la mente de todos, es que no conviene fomentar la agricultura exclusivamente en perjuicio de las industrias agrícolas, fabriles ó artísticas; por cuanto los países y las generaciones más desdichados son aquellos que se consagran únicamente á la agricultura sin atender más que á aquellas industrias estrictamente necesarias para el pobre labrador ó para las exigencias de la vida en general, que es como decir que no cultivan la verdadera industria.

Diremos más: entre un pueblo agricultor y un pueblo fabril ó industrial es preferible una y cien veces el segundo, ya que mientras el primero arrastra una vida de miserias, desgracias y esclavitudes, el otro se desenvuelve en una atmósfera de libertad y de progresiva emancipación, cuando los poderes públicos evitan los abusos que intenta la usura del capital, y los excesos que proyecta la anarquía ó el despotismo de las clases trabajadoras.

No carece de ejemplos la historia para evidenciarnos que la emancipación de los obreros y su engrandecimiento nunca deben buscarse en medio de los pueblos meramente agrícolas. Examinemos lo que fué del pueblo hebreo, dedicado casi por completo á la agricultura y á la ganadería, y comparémoslo con los fenicios, con esa rama desprendida del gran tronco hebreo, la cual por dedicarse al comercio y á la industria mejor que á la agricultura, no sólo fué uno de los pueblos más cultos de la antigüedad, como quiera que inventó las letras y la escritura, sino que además planteó las primeras bases de las futuras civilizaciones y extendió su dominación ¡aquel pueblo tan reducido! por todos los ámbitos del mundo á la sazón explorado.

En Egipto, Persia, Grecia, Roma contemplamos (salvo siempre la lepra de la esclavitud) grandes ó poderosas naciones, cuando cultivaban las artes y las industrias á la vez que la agricultura y ponían á dura y ominosa contribución los pueblos incultos que no tenían más industria que la del pastoreo ni más trabajo que el cultivo de los campos. ¡Si á lo ménos aquellas naciones hubiesen sentido gratitud por los infelices que tantas riquezas les proporcionaban! Pero siempre los pueblos dominadores han esclavizado á los débiles por ignorancia, y han explotado su trabajo. Por eso al proletariado le importa mucho instruirse, y procurar á la vez que el trabajo tenga el mayor número posible de manifestaciones industriales, artísticas y agrícolas.

La India, el gran país de las riquezas, la tierra de los esplendores, la tierra de las magnificencias, fué uno de los pueblos en que mayores tesoros se veían acumulados cuando á la par de la agricultura, la cual daba dos y tres cosechas al año, y tenía canales empedrados en muchos centenares y miles de leguas de extensión, desarrollaba sus industrias fabriles

Biblioteca Nacional de España

produciendo famosas telas que aun conservan su nombre, el de *indianas*, así como paños, sedas y las no menos celebradas joyas que todavía sorprenden la imaginación cuando se admiran en algunos museos de Europa.

Para formarse una pálida idea de la grandeza y bienestar de ese pueblo artista, industrial y agrícola, recordemos únicamente que ningún otro de la tierra ha dado á los actos importantes de la vida el aparato, esplendidez y magnificencia que él. Los regalos de boda que en el acto de los desposorios hacía el padre á la hija que casaba, asombran por su fabulosa riqueza y profusión; y tanto es así, que aun hoy, por seguir las costumbres tradicionales, un padre de la clase media cuando casa á su hija, se arruina con las prodigalidades que le hace en reminiscencia de aquella época y por no incurrir en la mengua de la pobreza que hoy sufre.

Pues bien, ese pueblo cuya ostentación, lujo y riqueza han sido y son todavía proverbiales, yace en la más espantosa miseria, ha perdido aquellos grandes canales que llevaban la savia productora á los campos y vergeles, carece de vías de comunicación y muere de hambre. Los ingleses supieron la manera de aniquilar paulatinamente las industrias de la India y especialmente las de hilados y tejidos de algodón, á cuya ruina fueron siguiendo el empobrecimiento y la destrucción de todas las demás industrias fabriles y las más ó menos anejas, hasta dejarla convertida en país meramente agricultor; y desde entonces, aquel pueblo que aun recolecta en las comarcas más favorecidas por el clima ó por el riego dos ó tres cosechas, y que da en abundancia productos tan ricos como el té, el algodón, el trigo y el arroz, sufre cada año carestías horribles, tiene cada año millones de muertos de hambre y miseria y cuenta los obreros por esclavos que por más que cosechan enormes montones de trigo y otros cereales, no pueden muchas veces llevar á su boca un mísero pedazo de pan.

Entre tanto los ingleses, que no son agricultores y que en su tierra apenas producen más que patatas, cebada y avena, que necesitan adquirir de los pueblos agrícolas más de 70 millones de hectólitros de trigo al año, sin contar las inmensas cantidades de productos distintos que ellos no han elaborado ni cosechado jamás, son el pueblo más pujante de la tierra, al cual sus escandalosas riquezas hacen cada día más despótico, más egoista, más calculador é inhumano. Verdad es que Inglaterra, en Europa y América ha defendido con gran tesón la abolición de la esclavitud, mientras que en sus Indias, millones de esclavos (esclavos decimos y no súbditos), arrastran una vida desgraciada, conforme hemos indicado, yconsiente que con frecuencia las carestías maten de hambre á ¡millones de sussúbditos! Tentaciones nos dan de creer que el tirano de los mares, quiso abolir la esclavitud (ese crimen de lesa humanidad) para impedir que otras naciones elevasen á su apogeo el desarrollo de sus colonias y de las riquezas naturales ó industriales que en ellas podían obtenerse.

Por consiguiente, no demos en la manía de que la agricultura, y solamente la agricultura puede regenerar á la clase obrera. Como aquella no se armonice con la industria, será estéril ó pernicioso todo cuanto se haga. Las artes y las industrias desenvuelven más el entendimiento que el trabajo de los campos; pero unas y otras, tan en contacto como posible sea, dan ancho campo á la actividad de todos y fácil colocación á las aptitudes que cada cual siente dominarle. Ese trabajo múltiple y fraternizante es el que debe emancipar al obrero, es el que puede y debe sacarle de la dependencia desdichada en que se encuentra, es el que le pondrá sin disputa enfrente del capital, no para luchar con él á brazo partido y aspirar á su ruina, sino para hacerle la competencia en noble y honrosa lid.

Auméntese la producción; ensánchese el consumo, y se tendrá resuelto el problema. Entonces el trabajo del obrero será solicitado; entonces tomará la industria multitud de formas que hoy no tiene; y en vez de acumularse los operarios á miles y miles en antihigiénicos talleres, se formarán talleres pequeños en que las familias obreras trabajarán con alegría y placer, elevándose en el concepto social y haciendo una humanitaria competencia á los talleres grandes que, tendrán que mejorarse forzosamente, haciendo legítima competencia al capitalista que deberá limitar sus ambiciones; y se llegará, no al desenfreno de la anarquía, sino á la verdadera emancipación de los obreros, tanto más fácilmente si se logra resolver otro problema, el de un motor barato y sencillo, según demostraremos en el artículo siguiente.

F. NACENTE.

ZARAGOZA. — IGLESIA DE S. PABLO

Un día sin pan

(EPISODIO HISTORICO.)

¡Cuanto niño infeliz sin pan ni techo!
¡Cuanta pobre mujer sola en el mundo!
(ZENEA).

Cada vez que encuentro por las calles de mi ciudad natal á los desheredados niños albergados en la casa de la Caridad cargando los infelices con el enlutado paño mortuorio, con las negras tablas, con los banquillos de madera y con los altos y bruñidos candelabros, cuyos niños se dirigen á la casa de un difunto á colocar el fúnebre catafalco, se ve asaltada mi memoria por el triste y desconsolador episodio, de un niño, en la actualidad inteligente industrial y padre de familia, recogido por aquella santa casa, y que como sus compañeros de infortunio, asistía á todos los entierros y que como ellos desconocía los dulces lazos de la familia y los purísimos transportes del amor maternal.

Gabriel, pues sustituimos por el de un arcángel su verdadero nombre, era un precioso niño de siete años, blanco como la pureza de su alma, limpio como el castor, risueño como la dicha, temeroso, creyente y supersticioso por naturaleza y por educación.

Una fría noche del mes de enero, fué recogido por el sereno en la angosta calle de la Mar. El infeliz lloraba de hambre y tiritaba de frío, dentro de una espuerta colgada en una dorada aldaba de la puerta de una vetusta casa solariega de aquella pacífica y morigerada calle.

Era un recién nacido, un niño que no era hijo de nadie, como dice el pueblo, como si las tiernas criaturas abandonadas por una mano criminal en medio de la vía pública, nacieran de los adoquines ó se desprendieran de las nubes en el misterio de la noche y de la oscuridad.

El lloroso niño pasó de manos del sereno á las de una monja de aquel benéfico asilo, en él fué bautizado, sin pompa ni festejos, y entregado á una rolliza montañesa, que le amamantó por riguroso turno con la savia de sus pechos; pero sin prestarle el calor de sus caricias. Gabriel era un expósito, y como tal lo trató.

II

Pasaron algunos años. Una tarde, aquel niño con otros albergados, jugaba alegremente por el despejado huerto, cantando como las amorosas golondrinas, sin penas, sin temores, ni cuidados, bendiciendo al Dios que crió los pájaros, las flores y las estrellas; cuando de repente se encaramó en una de las floridas acacias que sombreaban el delicioso jardín, y el infeliz dió con su cuerpo en tierra, haciéndose un rasguño en la frente y en la parda blusa una visible interjección.

Una mano de hierro unida á un brazo y éste sujeto á un vigoroso cuerpo, que constituía toda la personalidad de un guardián, cogió al muchacho por la nuca, levantóle en alto, dejóle en el suelo, y resonó en los aires esta frase sacramental:

—Esta noche dormirás en el calabozo.

Gabriel lanzó un grito de agonía, un estremecimiento general agitó su pequeño y delicado cuerpo y forjóse en su supersticiosa mente, una lluvia de azotes, que la cárcel tendría el aspecto de una tumba, que sería un antro sin luz, húmedo, habitado por repugnantes reptiles, venenosos insectos y almas en pena, que de sus negros muros penderían esposas, garfios y cadenas, que el vigilante que era un hombre desnaturalizado se complacería en darle tormento á todas horas, sin que nadie le amparase en medio de su agonía y espantosa soledad.

Un vértigo terrible se apoderó de su alma.

El innato y noble sentimiento de libertad despertóse por vez primera en su angustiado pecho. Vió tan sólo en la fuga su salvación, el miedo le prestó alas, y ocultándose de sus compañeros, arrastróse llorando hacia la cancela, salvó el portal, extendió los brazos, tiró la gorra en alto como en señal de redención, corrió á lo largo del paseo de Seminarios, y, como los pájaros, alejóse de la bulliciosa ciudad, ansioso de vagar libremente por los desiertos y floridos campos.

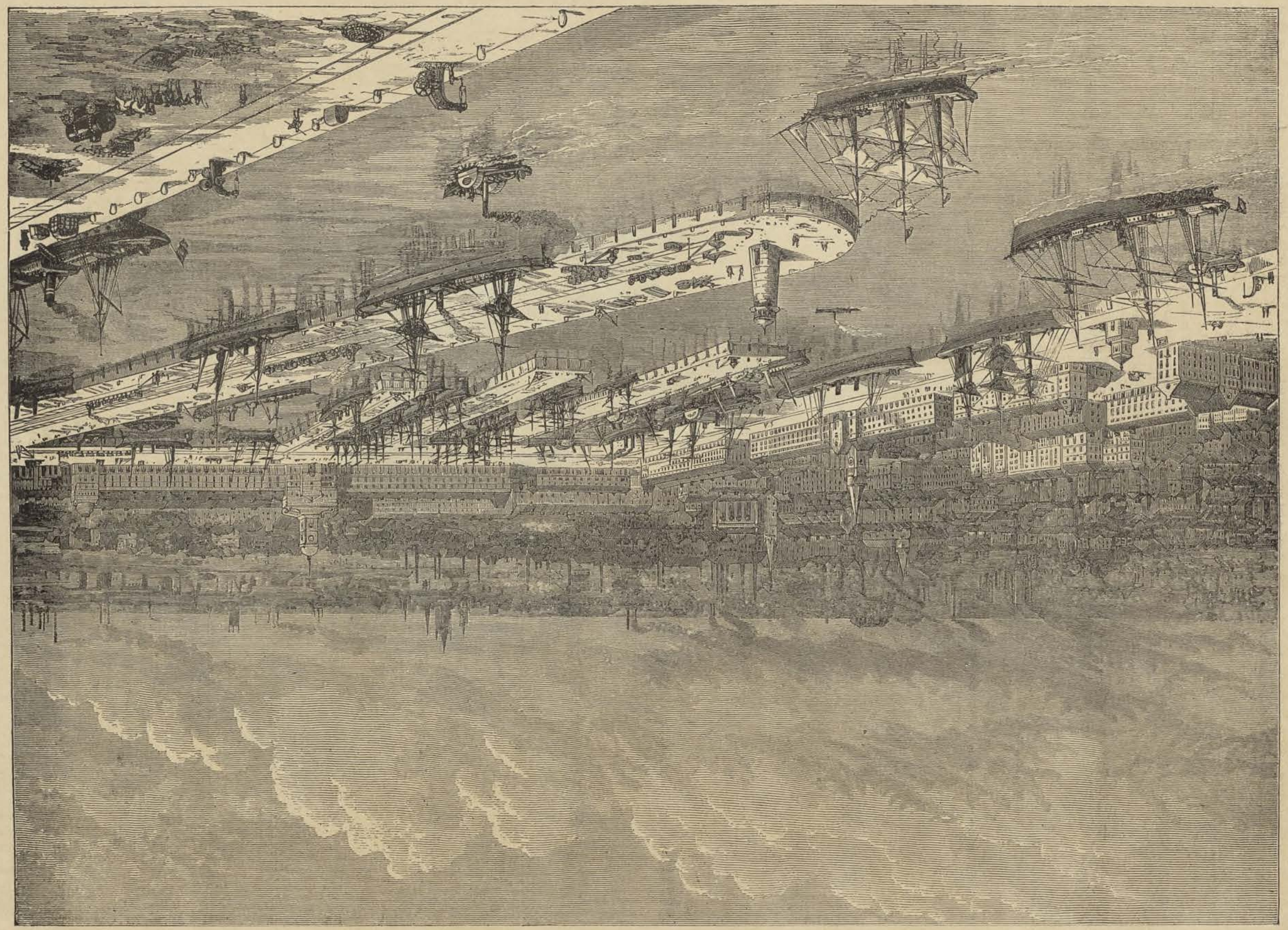
El puente de Calderons, le sirvió aquella noche de lecho y de almohada. «Las piedras también aman»: ha dicho Víctor Hugo; y aquella noche tal vez amaron por vez primera los muros de aquel ruinoso acueducto.

III

Al día siguiente, cuando el sol ya estaba en mitad de su carrera, Gabriel hambriento, perdido, te-

Biblioteca Nacional de España

MANCHESTER (de fotografía.)



Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

SIGUIENDO LA PISTA (por Weirter)

Biblioteca Nacional de España

YENDO Á FELICITAR Á MAMÁ (dibujo de Florencio Gravier.)

Biblioteca Nacional de España

meroso, sin darse cuenta de ello dió con la grandiosa ermita del Rosario, que sirve de atrio al cementerio antiguo de nuestra ciudad.

Como los antiguos reos de lesa majestad, se refugió en el templo. Huía de la justicia de los hombres y buscaba el amparo de Dios.

Su cuerpo no podía tenerse en pie; la debilidad y el cansancio habían acabado con sus fuerzas y el miedo se había albergado en su pecho creando terroríficas imágenes en su imaginación.

Sentó el pie en la iglesia, paseó los ojos por las imágenes y paróse instintivamente en el crucero, enfrente del altar en que se venera la magnífica efigie de San Roque vestido de peregrino y con el perro á sus pies.

Gabriel fijó los dulces ojos en el can, y una alegría indefinible retratóse en su pálido semblante y en todas sus acciones. El infeliz batió palmas de alegría.

Por un efecto de óptica producido por la debilidad, por el hambre, por el cansancio, por el aturdimiento, creyó ver con sus ojos de niño, con su alma infantil que el perro se movía, y que el pan que ostentaba en la boca era blanco y tierno como si fuera amasado por los ángeles del cielo.

Un himno de júbilo se escapó de sus labios.

¡El pan! ¡el ansiado alimento, estaba al alcance de sus manos! ¡El pan, que pedía á Dios de hinojos sobre la cama al rezar sus oraciones de niño al acostarse, y al repetirlas de nuevo al levantarse cuando los pájaros venían á darle los buenos días parando el vuelo en el alfeizar de su ventana!

Alegre, ciego de felicidad se encaramó á la mesa del altar, alargó la temblorosa manecita, tiró con ahinco del codiciado pan y ¡ay! la más triste y desconsoladora realidad hirió su purísima alma, y lanzando un grito de muerte cayó sin sentido sobre las losas del templo.

El pan era de madera, como habrán presumido nuestros lectores, pero el infeliz, hostigado por el hambre, ni lo vió ni lo presumió.

Una hermosa mujer, que como otra Magdalena era conocida por la pecadora de la ciudad y que huyendo del vicio buscaba el amparo de Dios para acallar la voz de su conciencia y lavar su alma en las claras fuentes de la redención, y sola en el mundo, sin nombre y sin familia, que rezaba en un rincón del templo, corrió en auxilio del niño, cogió con amor su ensangrentada cabeza, le acercó á su pecho, fijó sus hermosos ojos en su descolorido semblante, y estampó en su frente un beso.

El alma de Gabriel estremecióse de alegría, y una lánguida y suavísima satisfacción inundó el pecho de aquella desgraciada.

¡Era el primero que recibía aquel hermoso como desvalido niño, y ella el primero que prodigaba sin que manchara sus labios ni afeara á su corazón!

Francisgo Gras y Elías

LA MUJER

Su pasado, su presente y su porvenir

IV

En cada centuria y en cada pueblo, sobresalen mujeres heroicas, mujeres admirables, que á despecho de lujos, de preocupaciones y de costumbres, se imponen por su superioridad.

No habría sino estudiar detenidamente la Biblia y la historia de la Judea, para encontrar ejemplos de ambiciones, de osadías, de sublimes patriotismos, de crueles iras, de tiránicos esfuerzos, de nobilísimas aspiraciones y de tiernos y abnegados sacrificios, que han quedado consignados en los anales judaicos, unos para colocar á la mujer en altísimo puesto, conquistado por el incontrastable influjo de su valor ó de sus virtudes, y otros como demostración palmaria de su energía y de lo que es capaz en sus venganzas y en sus rencores, y si en muchos conceptos es modelo de elevados sentimientos, en otros revélase bajo muy distinto aspecto, porque la servidumbre y las tiranías, que pesaban sobre ella, tornábanla en un sér feroz y sanguinario cuando en la lucha sin trégua hallaba ocasión propicia para dominar y avasallar á sus dominadores. Téngase en cuenta también la barbarie moral en que estaba sumergida, y que aquélla, lejos de suavizar los impulsos de la mujer y de inclinarla á la benignidad, acumulaba en las entrañas y en el corazón, los odios más acerbos, las amarguras y la corrupción. Pero, ¡cuán hermosas se presentan en aquel caos Judit inspirándose en el amor á su pueblo, Rut, tierna, dulce y bellísima en su sencillez encantadora, Jephté y la israelita Ester, reina de Persia y salvadora de su raza!

En la primitiva sociedad helénica no gozó tampoco la mujer de grandes prerrogativas, ni tuvo mayor libertad ni consideración que la de esclava del hombre; pero ya durante aquella famosa guerra entre griegos y persas y que se conoce en la historia con el nombre de *meda*, descollaron femeniles inteligencias y ocuparon un puesto entre los escritores y filósofos, adquiriendo poderoso y superior influjo.

Sin embargo, presentaba entonces la sociedad griega extrañísima organización, y en ésta era muy triste la suerte del sexo femenino y lo más digno de fijar nuestra atención es, que en la sagrada misión de madre, no tenía autoridad ninguna, ni aun para interponer su derecho natural y salvar la existencia de sus hijos, de los pedazos de sus entrañas.

Al nacer una niña, poníanla envuelta en sus pañales á los pies del padre, y éste decidía en momento tan supremo, su abandono ó su adopción; en este caso, entraba de lleno á disfrutar los privilegios del hogar paterno, pero de lo contrario, la infeliz criatura veíase condenada, apenas viera la luz, á ser pasto de las fieras allá en espesa selva, á perecer despeñada desde altísima roca ó bien, si se la exponía en el zaguán de casa ajena, lograba algunas veces caritativo interés, yendo á formar parte de otra familia, como hija adoptiva. Generalmente usaban del cruel derecho para rechazar á sus hijos, los padres de escasa fortuna, y á los que ésta no bastaba para llenar cumplidamente los deberes paternales.

¿Cómo las madres de entonces no morían de dolor? ¿cómo podían hallar en el matrimonio satisfacción cumplida, ni entregarse á las alegrías de la maternidad, con los hijos predilectos?

Tan bárbara costumbre, no podía, no, atenuar las amarguras del corazón materno, ni darle insensible conformidad.

Puede juzgarse de la situación femenina, observando que en la elección de esposo no tenía voluntad y que era entregada por el padre como objeto que pasaba á propiedad de otro dueño, y por esto efectuábase un simulacro de rapto, y en brazos del raptor era conducida al templo doméstico, para entrar bajo el dominio de su nuevo señor, para adorar á los dioses que él adorara, para reverenciar á otros antepasados y renunciar no sólo á su nombre y á su parentela, sino á todo lo que hasta el día de su matrimonio, había respetado y venerado.

Por tan extrañas instituciones, privábase á las hembras de la herencia paterna, puesto que desprendíanse del poder omnímodo del padre, para someterse por entero á otro más exigente y exclusivo, y como la educación del bello sexo no alcanzaba sino diminutas proporciones, de aquí que vegetase en el *ginecceo* sin dominio social, ni participación en públicos festejos.

Y á pesar de esta nulidad á que la mujer se encontraba condenada, obtenía aún así un triunfo inmortal, porque los griegos rendían culto idólatra á las diosas, divinizándola en ellas, poetizándola y enalteciéndola, en Diana, en Minerva, en Ceres, en Anfitrite y en la hermosísima Venus.

No fueron sólo las divinidades el objeto del entusiasmo helénico, sino también algunas mujeres, que, como las poetisas Corina, Praxilla y Mirtis, sobresalieron por sus ideas y por su talento, en la época del poeta Píndaro y la no menos famosa cantora de Lesbos, Safo.

En Grecia, no escasearon en la antigüedad las filósofas y las escritoras, y entre aquéllas resalta *Teano*, la esposa y compañera adorada del sabio Pitágoras, que desempeñó á la muerte del griego inmortal, su cátedra de filosofía.

Ya en aquellas edades tan apartadas de nosotros, lucieron varios femeniles entendimientos, consagrados á la astronomía, á la gramática y á la historia. Agalis de Corfú brilló como profesora de gramática. Aganice de Tesalia, fué habilísima astrónoma, y Arignote, compuso una historia de Dionisio, el déspota de Siracusa, que mereció ser mencionada por San Clemente de Alejandría.

Grecia, tuvo también, cortesanas famosísimas, y puede decirse que á la más celebrada y hermosa, debe el pueblo heleno los principios de la decadencia que más tarde sufrió en su civilización.

Aspasia, que comprendía en sí todas las gracias unidas al ingenio, dominó á Pericles hasta el punto de que, fascinado por su clarísima inteligencia, olvidase que era cortesana y la hiciera su esposa.

Y ¿qué diremos de aquellas esforzadas espartanas, que preferían ver muertos á sus esposos, hermanos ó hijos, más bien que considerarlos vencidos en la guerra?

La misión de la mujer en Esparta, estaba reducida á dar ciudadanos para defensa de la patria, y llegaba á tal punto su fanatismo guerrero, que ahogaba en ellos el natural y tierno sentimiento que producir debía la muerte, pues que hubo madre que al recibir la noticia de haber perecido uno de sus hijos en campal batalla, dijo: «que lo entierren y que ocupe su puesto su hermano menor.»

Otra, conmovióse al saber que cinco de los suyos yacían tendidos en el campo del combate, pero al saber que éste era favorable á los griegos, tranquilizóse, diciendo: «Si hemos triunfado, me resigno con gusto á la pérdida que he sufrido.»

Pero á no dudarlo y sin vacilar, colocamos entre las mujeres más heroicas y más sublimes á Antígona, la infeliz hija de Eclipo, el báculo del ciego errante y rechazado rey de Tebas.

¡Oh, no; no existe nada más grande y hermoso que esa bellísima figura de mujer, perdurable compañera de las miserias paternas, piadosísima y heroica, mendiga, que destinada tal vez á ceñir corona regia, no engalanó su noble frente, sino con la aureola de sus virtudes!

Baronesa de Wilson.

Festejos en Madrid

JUNIO-1890

I

El día 15 de junio por la tarde tuvo lugar en Madrid una manifestación como pocas veces se ha visto, iniciada por el Círculo de la Unión Mercantil y el de Bellas Artes, como término á los festejos públicos del Santo Patrono. Dicha manifestación del Comercio y de la Industria y la fiesta de la Florida, han constituído un acontecimiento inolvidable.

Presidida por el alcalde Sr. Mellado y por el Sr. Muniesa, presidente del Círculo de la Unión Mercantil, rompió la marcha á las cinco, la comitiva, por las calles de Ventura Rodríguez, Ferraz, Bailén, Mayor, Puerta del Sol, Alcalá y paseos de Recoletos y de la Castellana, cuyos balcones y ventanas casi en su totalidad estaban engalanados con vistosas colgaduras, banderas y guirnaldas de flores; iba á la cabeza una sección de Guardia civil de á caballo, seguían los timbaleros, trompeteros y heraldos de gran uniforme, también á caballo; los escolares y niños del Hospicio, con una música; gremios de constructores de pianos, fabricantes de bujías y abaniqueros con una notabilísima carroza; charanga del batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo con los gremios de manguiteros, impresores, sombrereros; banda de música del regimiento de Wad-Ras con los gremios de zapateros, chocolateros, pasteleros y confiteros; continuaba la artística y alegórica carroza de la Industria, con la banda de música de Saboya y gremios de mueblistas, ebanistas, carpinteros y sombrereros; la música de Cuenca con los de los sastres, cordoneros, fotógrafos, maestros de obras, litógrafos y guarnicioneros; charanga de Arapiles, con los fundidores y fabricantes

Biblioteca Nacional de España

de corsés. Seguía otra carroza del gremio de papeleros, otras de la Marina y del Ejército, otra del gremio de vinos y licores precedidas todas de músicas, brillante acompañamiento y respectivos gremios; luego la banda del regimiento de Covadonga con los gremios de tejidos de todas clases y los de curtidos, cafés, restaurants y fondas; la magnífica carroza del Comercio con la banda del regimiento de Canarias, con infinidad de gremios cuya enumeración ya va haciéndose imposible; agentes de cambio, editores, representantes de la prensa y de distintas fábricas; otra carroza, también de los gremios de vinos y aguardientes al por menor, banda de música de la Milicia Veterana; carroza del *Cromo anunciador*, representantes de la Asociación de Profesores Mercantiles, sociedades Española de comisionistas, económica de Amigos del País, Centro de instrucción comercial, Círculo Mercantil é Industrial; carroza del Ayuntamiento de Madrid y banda de San Bernardino, la Diputación provincial con sus maceros, el Ayuntamiento con los suyos, la preciosísima carroza de flores de la Real casa con una gran corona dedicada por el comercio é industria á sus hombres célebres; banda del regimiento de San Fernando, presidencia oficial, Sociedades y Cámaras de Comercio, obreros y dependientes premiados, heraldos á caballo, bandera de gremios; comisión ejecutiva y Guardia Amarilla, cerrando la marcha otra sección de guardias municipales y cuerpo de seguridad. Entre las carrozas se distinguían la del gremio de papeleros y pintores, formada por columnas de papel sirviendo de pedestal á una estatua que representaba á España, en cuyo escudo campeaba la siguiente inscripción: «La paz y el trabajo dan la fuerza á las naciones;» la del gremio de licoristas, formada por toneles y botellas artísticamente dispuestas; la de los taberneros con la estatua de Baco, llamando la atención los vistosos jinetes mejicanos que la rodeaban, montados en briosos y arrogantes caballos; la de la fábrica del gas y la de la Industria. Los estandartes, ricamente bordados y adornados con preciosas cintas, iban llevados por representantes de los respectivos gremios. En las inmediaciones del Hipódromo se dispararon vistosos fuegos de artificio, después de los cuales se disolvió le comitiva.

II

La fiesta de *la Florida* iniciada por la Comisión de la Prensa y organizada por el Círculo de Bellas Artes, fué la *Cervara* de las *Cervaras;* llevada á cabo por primera vez sin pretensiones de ninguna clase, resultó tan buena y tal vez mejor que la célebre *Cervara romana*. Tuvo lugar, como es sabido, el siguiente día, 16, principiando el desfile á las ocho de la noche frente á la iglesia del Buen Suceso, habiéndose reunido antes los socios de *la Florida* en la Moncloa, donde se sirvió una merienda á la española con honores de banquete, á la que además de los socios y personas invitadas del género masculino que lucían extremados y ricos trajes, unos de capricho y otros representando personajes históricos ó héroes conocidísimos de la literatura novelesca y populares cuentos, como también de los dramas, comedias y zarzuelas en boga, asistieron algunas aristocráticas damas y bellas señoritas y las conocidas artistas Juana y Carmen Pastor, que acudieron á la fiesta vestidas con el clásico traje de medio paso y luciendo la airosa mantilla blanca, reclinadas en la típica calesa cubierta de flores y escoltadas por apuestos jinetes á

la usanza jerezana; amenizaba el acto la música y orfeón de San Bernardino. De allí pasaron los socios y la comitiva á la calle de la Princesa frente al Buen Suceso, como hemos dicho, de donde partieron á los vívidos resplandores de las bengalas de todos colores, hacia las calles de Ventura Rodríguez, Ferraz, Bailén, Puerta del Sol y Alcalá, presentando la carrera el engalanado aspecto del día anterior, embellecido por la iluminación que era general, y que unida á los vivos reflejos de la de las bengalas, creaba una perspectiva fantástica cuyo efecto mágico hacía más indescriptible el airoso traje español que en balcones, calles y plazas se veía lucir por las bellas madrileñas á imitación de la simpática Carmen Pastor.

El orden que guardó la cabalgata fué el siguiente: ocho guardias civiles de caballería. —Cuatro alguaciles á caballo.—Ocho heraldos á pie. — Carroza del Ayuntamiento con 16 alguaciles.—Guardia amarilla.—Carro con música.—Cabalgata del teatro del Príncipe Alfonso. — Carroza de la Fortuna.—Carro con música.—Carro con Orfeón madrileño.—Carroza del Circo de Colón, con acompañamiento.—Carroza con música.— Calesa histórica.— Toreros garrochistas.—Cabalgata del Circo Hipódromo.— Carroza de Baco, al natural.—Carro con música.—Carroza de Ceres.—Coro de niños del Hospicio con su carro.—Galeón de la Marina.—Escolta de arcabuceros.—Carroza del Ejército y Armada.—Escolta de piqueros y mosqueteros.—Carro con música.—Acompañamiento.—Carro con música.— Carro de la Abundancia.—Grupo de escultores y artistas.—Carro con música.—Carroza de artes y letras y comisiones.—Cuatro guardias civiles y un cabo.

No terminaríamos esta ligera reseña si habíamos de describir la belleza de las carrozas verdaderamente notabilísimas, que eran el alma de la *Cervara;* bastará con decir que fueron ejecutadas bajo la dirección de los Sres Gaudarias, Duque, Sanmartín y Alvarez Osorio, para que se comprenda su relevante mérito. Y entre los trajes de guerreros y pajes y mozos y *clowns*, citaremos los notables de manola (Sra. de Ratazzi-Rute), Saint-Bris, cipayo-persa-turco, rey de espadas, alpiceista, rey de las ranas, pintor romano y los de los *jockeys* y palafraneros montados. Sus Majestades el Rey y la Reina Regente, SS. AA. RR. la Princesa de Asturias y las infantas D.ª Teresa y D.ª Isabel con la alta servidumbre de Palacio, presenciaron ambas manifestaciones desde el balcón central del regio alcázar, siendo objeto en ambos desfiles (días 15 y 16) de respetuosos saludos y entusiastas y nutridos vivas.

La primera *Cervara madrileña*, al disolverse después del castillo de fuegos artificiales, en la puerta de Alcalá, dejó un endeleble recuerdo que formará época en los festivales madrileños; comprendiéndolo así el pueblo que llenaba los alrededores, tributó un nutridísimo aplauso á la Prensa y Comisión organizadora, aplauso que creemos deben tomar también como suyo cuantas Corporaciones y particulares hayan contribuído al feliz éxito de la fiesta.

C.

El mes de Mayo

I

LAS AVES

Ya vienen, llegan, tornan
Las negras golondrinas,
Que besaron la frente
De Jesucristo un día.
En la vetusta torre,
En la graciosa ojiva,
El misterioso nido
Con ilusión fabrican.
Al verlas se estremecen
Los pechos de alegría;
Todos los corazones
Les dan la bien venida.
Con ellas torna Mayo,
Las suspiradas citas,
Los bailes en los sotos,
La siesta apetecida,
Las noches de verbena,
La santa romería,
Y luz, galas, colores,
Cantares y armonías.

II

LAS FLORES

La juguetona Flora,
En alas de la dicha,
Puebla de gayas flores
El valle y la colina.
Los claveles enlazan
A las fragantes lilas,
Las rosas sus amores
Se cuentan, como niñas.
Un manto de amapolas
Presenta la campiña,
Que al soplo de las auras
Se mecen y acarician.
¡Hasta las tumbas aman
En la estacion florida!
La fosa ostenta flores
Como la vega espigas.
¡Sobre un lecho de rosas
Quiero pasar la vida!..
Sin Mayo la existencia
Un arenal sería.

III

EL ALBA

La desvelada aurora
Mensajera del día,
Con sus rosados dedos
Las sombras ya disipa.
Los tiernos ruiseñores
Alegremente trinan
En los ocultos nidos
De la alameda umbría.
La tierra es un oasis
Que mil flores matizan;
El cielo es la paleta
Del Soberano artista.
Todo respira gozo,
Todo al amor convida:
Las aves son estrellas,
Las aves armonías,
El aire tiene aromas,
Besos tienen las brisas,
Suspiros la enramada,
Los bosques alegrías,
Mi corazón amores
Y mundos de poesía,
Que sólo tú comprendes,
Que sólo tú me inspiras,
Zagala de esas selvas,
Señora de mi vida.

IV

EL CREPUSCULO

El sol disuelto en oro
En el ocaso espira.
La sombra baja al valle,
La luz recoge el día.
Todo misterio y calma
Y languidez respira.
El alma dentro el pecho
Se postra de rodillas;
Al corazón aquejan
Mil ansias infinitas
De amar y ser amado
Con dulce idolatría.
Las aves se adormecen,
La flor su tallo inclina,
Al pié de la enramada
Languidece la brisa.
Y tan sólo se escucha
Cual vaga melodía
El eco de un suspiro
Que otro suspiro ansía,
La vibración de un alma,
La queja de una lira.

V

EL AMOR

Doncella enamorada,
Más bella que la dicha,
De ojos de azul de cielo
Do los cielos se miran:
Tu bien, llama á la puerta,
Con el amor, el día,
La flor de tu ventana,
Las tiernas avecillas
Diciéndote, de Mayo
Tornan los claros días
Para coger claveles,
Rosas y carolinas,
Con que adornar tu pecho,
Tu trenza rubia y fina,
Que en tí el florido Mayo
Su encarnación admira,
Que es la mujer de flores
De luz y de armonías,
Y eres la primavera
Que el corazón ansía.

VI

EL CULTO

En el gótico templo,
Al espirar el día
Oid los castos coros
De candorosas niñas
Elevando sus preces
De hinojos á María,
Diciéndole: Tú eres
El astro de mis dichas,
Y para tí sus flores
Ostenta la campiña,
Que eres flor en la gloria,
De santo amor henchida.
Por eso el mes de Mayo
Rico en luz y alegría,
La iglesia te consagra
Las almas te dedican;
Que los astros del cielo
Las gayas florecitas
Tan sólo un nombre forman,
Uno sólo, María.

VII

EL POETA

¡Mayo, mes de las flores!
¡mayo, mes de las niñas!
En que nació en el alma
La ardiente poesía
Culto de los que adoran,
Esperan y suspiran,
Viste de gozo el alma
Que en la viudez espira,
Y adorna con tus galas
Las cuerdas de mi lira!....

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS

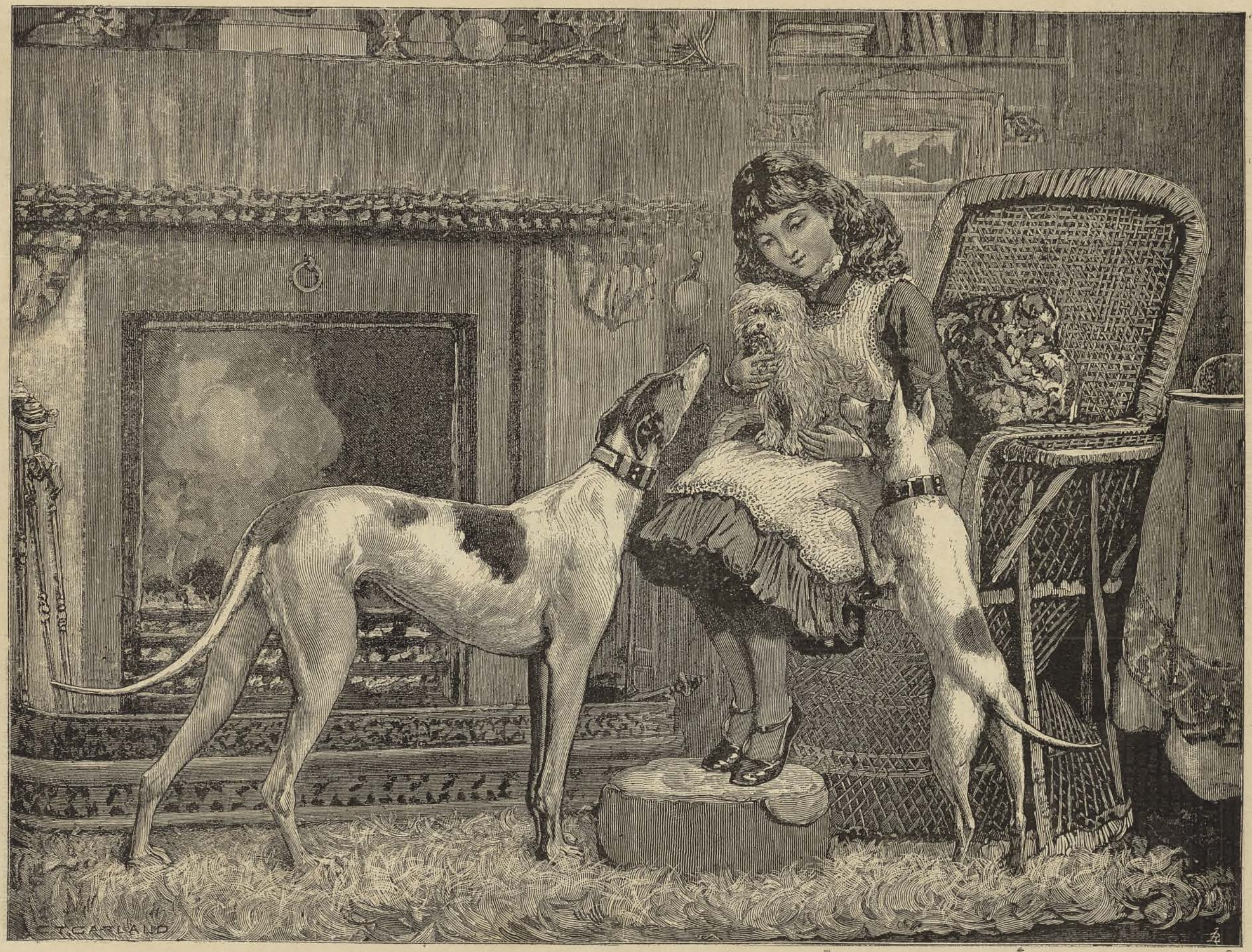
EDITOR PROPIETARIO, F. NACENTE.

REDACCION, ADMINISTRACION Y DIRECCION: Calle del Bruch, 89 y 91, donde deberan dirigirse todos los avisos y pedidos de suscriciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

Establecimiento tipo-litográfico editorial de F. Nacente.

Biblioteca Nacional de España



EL NUEVO FAVORITO (POR C. T. GARLAND.)

Biblioteca Nacional de España